

# 1

Supo que era un hombre libre en cuanto dio tres pasos seguidos fuera de la terminal. Abdelaziz Afalah, el terrorista más odiado del reino alauí, tomó un vuelo *low cost* en el aeropuerto de Marrakech y aterrizó en Manises, Valencia, una hora y media más tarde. Era plenamente consciente de que los servicios secretos de su país le andaban siguiendo. No le costó mucho identificar a los dos agentes que intentaron pasar desapercibidos entre el resto del pasaje. Al principio temió que quisieran asesinarle antes de que el avión tomara tierra, aunque enseguida comprobó que su actitud no era tan hostil. Entendió que sólo estaban allí para vigilarle discretamente y se relajó un poco. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Mientras aguardaba a que su contacto le recogiera, los dos espías marroquíes, en pie junto a un coche de color oscuro, hacían ver que charlaban distendidamente por el móvil. Sus trajes de color *beige* eran muy poco elegantes. Se notaba que su sueldo no les daba para muchas alegrías. Eran prescindibles. Uno de ellos llevaba puesta una camisa blanca y una corbata marrón que adquirió en un mercadillo. El otro vestía una camisa a rayas y no llevaba corbata. Sus zapatos, negros y mediocres, destacaban por lo poco que pegaban con unos pantalones de color tan claro. De pronto, un joven teutón con cara de no haber roto nunca un plato llegó hasta Abdelaziz y le estrechó la mano afectuosamente. Se llamaba Jürgen Klinsmann, igual que el famoso delantero del Inter de Milán y ex seleccionador germano, aunque al chico en cuestión se le daba terriblemente mal el deporte del balompié. Antes de ser reclutado por la organización que contrató a Abdelaziz, trapicheaba con droga. Cometió algún que otro pequeño hurto y se vio involucrado en más

de media docena de peleas. No era un tipo tan inocente como hacía ver.

Abdelaziz, por su parte, sonrió con cierta cortesía y le preguntó por el tiempo en España. El alemán respondió que hacía meses que había perdido su reloj y que no podía ayudarle a ese respecto. Con eso bastó para que ambos comprendieran, sin el menor género de duda, que no se habían confundido. Pese a que parecía una contraseña de lo más simple, no lo era tanto. El valor de aquella frase no estaba en lo que se preguntaba o respondía, sino en cómo se hacía, qué tiempos verbales eran empleados y qué pausas se efectuaban entre palabra y palabra. A Abdelaziz le gustaba hacer bien las cosas. Si Jürgen no hubiera respirado lenta y pausadamente antes de pronunciar cada verbo no habría visto otro amanecer.

El coche con el que dejaron atrás el aeropuerto para adentrarse en la gran ciudad era un Seat Ibiza de color blanco. Había cientos de miles de utilitarios iguales en toda España, por lo que Jürgen creyó que era una buena opción para pasar desapercibidos. Lo robó esa misma mañana, y no pensaba conducirlo más de veinte o treinta minutos seguidos. Tomaron la circunvalación, se desviaron por la CV-35 y llegaron al Palacio de Congresos sin mayores problemas. El tráfico era fluido y no había retenciones. Jürgen le comentó repetidamente a Abdelaziz que les seguía una berlina oscura con las lunas tintadas, aunque el marroquí no le dio demasiada importancia a ese hecho. Había tenido a aquellos tipos pegados a su culo desde que llegó a Marrakech.

Continuaron por la avenida de las Cortes Valencianas hasta alcanzar Pío XII. Se acercaban a la primera parada de su itinerario. Tras cruzar el río y adentrarse en la Gran Vía de Fernando el Católico buscaron la intersección con la calle San Jacinto. Allí encontraron la entrada al parking

de una conocida sala recreativa, entraron y estacionaron en una esquina algo apartada. Los espías no tardaron en imitarles. Se adentraron en el oscuro aparcamiento y, sin molestarse en parar el motor, bajaron del vehículo a toda prisa. Ese tipo de sorpresas no les gustaban. Deambularon por el lugar intentando dar con su objetivo y, antes de que pudieran darse cuenta, dos hombres armados aparecieron de la nada y les acribillaron a balazos. Los múltiples zumbidos de las pistolas provistas de silenciador apenas fueron perceptibles. Ni el encargado del establecimiento ni las cámaras de vigilancia, oportunamente oscurecidas con un aerosol, fueron incómodos testigos de lo sucedido. El pobre desgraciado que se encargaba de repartir los tiques de entrada fue cosido a puñaladas unos minutos antes. Los asesinos dejaron su cuerpo dentro del armarito de limpieza y cerraron con llave la puerta. Nadie se enteraría de lo sucedido hasta que estuvieran bien lejos de allí.

En cuanto tuvieron la situación bajo control, arrastraron los cuerpos sin vida de los espías hasta el Seat Ibiza y los ocultaron en el maletero. Después dejaron en la guantera un paquete con medio kilo de cocaína y otro medio de hachís. Acto seguido, Abdelaziz, Jürgen y los dos asesinos subieron a un Skoda Octavia con las matrículas dobladas y abandonaron el lugar para no volver jamás. Deshicieron el camino andado con anterioridad y regresaron hasta la carretera de circunvalación.

Ninguno de los agentes marroquíes viajaba con su verdadera documentación. Estaban llevando a cabo un seguimiento extraoficial y no creyeron conveniente viajar de un continente a otro dejando pistas sobre su itinerario. Abdelaziz conocía el modus operandi de los servicios de inteligencia de su país y lo usó en beneficio propio. Cuando la policía española hallara los cuerpos creería que se trataba

de un simple ajuste de cuentas y no le daría demasiada importancia.

En el trayecto hacia la playa de Castellón, Abdelaziz realizó las oportunas presentaciones y dejó que los tres mercenarios charlaran un poco. Los dos asesinos y el conductor no se habían visto nunca pese a obedecer órdenes de las mismas personas. Así era como le gustaba hacer las cosas al marroquí. Él era el único nexo de unión entre los diferentes miembros de su equipo. Obviamente, los dos tiradores sí que se conocían, por fuerza debía ser así. Una excepción que confirmaba la regla.

En el aeródromo de la capital de la Plana les esperaba un experimentado piloto de helicópteros que llevaría a Abdelaziz hasta su escondite final. Allí le aguardaba el resto del grupo. Los tres tipos que le acompañaban en ese momento deberían llegar hasta dicho lugar en automóvil. No cabían todos en la diminuta cabina del aparato.

Aprovechando los minutos de tranquilidad que le reportó la carretera, el terrorista recordó el encuentro que mantuvo un mes antes con la persona que le convenció para llevar a cabo un trabajo tan insólito. Accedió a entrevistarse con él gracias a la mediación de un contrabandista de armas tunecino al que le debía más de un favor. Por fuerza tenía que concederle lo que le pedía o perdería su amistad para siempre. En el mundo árabe, devolver los favores prestados es mucho más importante que en el occidental.

Se vieron en el escondite que Abdelaziz tenía en el monte Tubqal, en el Atlas marroquí. Aparentemente no era más que una modesta casa rural en el pueblo de Imlíl. Cuando las cosas se pusieron realmente feas con el gobierno de su país decidió mudarse a las montañas y alejarse del mundanal ruido. Gracias a una audaz acción, carente por completo de moralidad, logró que la policía dejara de atosigarle y pudo

desaparecer una temporada. Sabía que el servicio secreto le tenía localizado, pero mientras no se metieran con él, él no se metería con ellos.

El monte Tubqal es el más alto de todo el norte de África, y el pueblo de Imlil, una pequeña aldea no exenta de cierto atractivo, vive principalmente de las expediciones que cientos de senderistas de todo el mundo realizan a la cordillera durante el periodo estival. Esconderse allí poseía cierto halo romántico. Además gozaba de todas las comodidades sin las que un hombre como él sería incapaz de vivir: agua caliente, televisión por satélite y una cama confortable. De vez en cuando le pedía a un traficante de blancas con el que había hecho negocios que le subiera a una muchacha con la que entretenerse, aunque lo cierto es que no lo hacía demasiado a menudo. Entendía aquella estancia como algo provisional y no quería llamar la atención más de lo necesario.

La noche en que aquel extraño hombre de ojos saltones, pelo pajizo y escuálida figura apareció por su casa, el cielo estaba sorprendentemente estrellado. La luna llena iluminaba las montañas y las copas de los árboles se mecían al albur de la brisa. Era una hermosa noche que, con el paso de los días, acabaría recordando como la más importante de su vida.

Tomaron el té sentados sobre varios cojines en el suelo del salón. Abdelaziz ni siquiera se molestó en comprobar si el tipo iba armado. Si hubiera realizado cualquier movimiento sospechoso le habría quebrado el espinazo en un abrir y cerrar de ojos, pensó. Aquel extranjero no representaba ninguna amenaza por sí solo.

Hablaron largo y tendido sobre lo divino y lo humano antes de entrar en materia. El invitado conocía bien las oscuras aspiraciones del marroquí. En el mundo del lumpen era bien sabido que Abdelaziz no quería conformarse con

ser un delincuente más. Anhelaba ser recordado por su atrevimiento y brutalidad. Cuando por fin trataron aquello que había llevado a aquel occidental hasta tan remoto lugar de Marruecos, Abdelaziz se quedó perplejo. Le agradaba que hubieran pensado en él para llevar a cabo algo tan ambicioso, y de pronto comprendió que había subestimado a su interlocutor. Entendió que jamás habría llegado a tocarle un pelo de la cabeza a aquel cabronazo si en algún momento lo hubiera intentado.

—No ha venido solo, ¿verdad? —preguntó, tras hacer mentalmente esta reflexión, como si tal cosa.

— Por supuesto que no! —respondió el pelirrojo.

—Hay alguien apuntándome a la cabeza con un arma desde algún lugar de la casa.

—Efectivamente.

—¿Desde la cocina?

— Ajá! —asintió el extranjero.

—Y si hubiera rechazado su oferta ya no estaríamos hablando de nada.

—Así es.

—Bien. ¡Me gusta! —exclamó finalmente Abdelaziz—. Me agrada trabajar con profesionales.

—Y a mí, señor Afalah. Y a mí. Por eso pensamos en usted para llevar a cabo esta acción. Su perfil es el idóneo. No tiene miedo a nada. Carece por completo de escrúpulos y no trabaja por ideales. El amor al dinero es su única y verdadera religión. Es el tipo de persona con la que la organización a la que represento se siente verdaderamente a gusto.

— Oh! No sé si tomarme eso como un cumplido o como un insulto —dijo Abdelaziz.

—Tómeselo como quiera, señor Afalah. Sabe tan bien como yo que es la pura verdad.

La única estancia de la casa que tenía una ventana lo bastante grande como para que accediera un hombre adulto

era la cocina. Además, desde su puerta se tenía una visión casi completa de todo el salón. Para Abdelaziz no resultó difícil adivinar cómo eran las cosas.

Al quedarse a solas, tres horas más tarde, pensó largo y tendido en lo que acababan de ofrecerle. El trabajo de su vida. La gloria eterna. ¿Cómo podía decir que no?

Cuando el skoda frenó para salir de la autopista y tomar el desvío hacia el Grao de Castellón, Abdelaziz salió de su ensimismamiento. Se estaban acercando a la siguiente escala de su viaje: el Aeroclub de Castellón. Aunque existía desde 1935 como instalación militar, no se inauguró oficialmente como aeródromo civil hasta 1959. Se trataba de un lugar especialmente discreto en el que un helicóptero tan especial como el que solicitó a sus clientes pasaría prácticamente desapercibido. Habían tomado las rondas de circunvalación de la pequeña capital de provincia y llegaron hasta el distrito marítimo en un abrir y cerrar de ojos. Todo parecía estar saliendo a pedir de boca. Jürgen detuvo el coche junto al local social del aeroclub y reanudó la marcha en cuando su jefe cerró la puerta tras de sí. Nadie debía verles juntos. Abdelaziz accedió a las instalaciones aeronáuticas por su propio pie y no tardó en encontrar al piloto. Estaba echándole un vistazo al rotor de cola del aparato. Unas molestas vibraciones le habían dado algún que otro quebradero de cabeza en su vuelo desde quién sabe dónde hasta la costa castellonense. Después de realizar unas comprobaciones rutinarias se percató de que no era más que un problema menor que ya tendría tiempo de solucionar. No tenía de qué preocuparse.

— Buenos días! —exclamó el marroquí.

— Buenos días! —respondió el piloto quitándose la gorra y secándose el sudor de la frente. El calor era sofocante.

—Tiene usted una máquina muy singular —continuó diciendo Abdelaziz. Entonces el piloto sonrió, sacudió

levemente la cabeza y le dijo que subiera. Ya había pedido el oportuno permiso para despegar y no deseaba permanecer ni un segundo más en aquel tórrido lugar.

Los dos hombres se sentaron en los incómodos asientos de la cabina para ajustarse bien los cinturones. Entonces Abdelaziz sacó una navaja automática y la presionó contra los testículos del piloto. No era un estilete cualquiera. Estaba tan afilado como el punzón de un matarife y tenía varias gemas de colores incrustadas en la empuñadura. Dos rubíes y una esmeralda del tamaño de una uña. Sin duda se trataba de la navaja de un asesino.

—He dicho que tiene usted una máquina muy singular, caballero. No haga que lamente haberle conocido.

Entonces el piloto echó la cintura hacia atrás tanto como pudo y respondió lo que debió haber dicho desde un principio.

—Así es. Y espero... espero que siga siéndolo por muchos años.

Repetir la palabra «espero» no fue algo gratuito. Afortunadamente el piloto recordó a tiempo toda la clave.

—Eso dependerá de ti —concluyó al marroquí mientras retiraba la navaja y la guardaba de nuevo en el bolsillo de su pantalón—. No me gusta que la gente vaya por libre, ¿entiendes? A partir de ahora responderás y actuarás como te ordene o te cortaré los huevos y se los daré de comer a los perros. ¿Ha quedado claro?

—Le he entendido perfectamente, señor —respondió el piloto—. No tiene de qué preocuparse. Sólo creí que...

—No creas nada. No spongas nada. Límitate a hacer lo que yo ordene. Y ahora haz volar este maldito trozo de chatarra de una puñetera vez.

Aquel pobre tipo no supo lo cerca que estuvo de acabar castrado por el simple hecho de no responder adecuadamente. Las contraseñas existían por un motivo, y

no era buena idea saltárselas gratuitamente. Haber tenido un mal vuelo, estar cansado o muerto de calor no eran argumentos suficientes para tomarse ese tipo de licencias con alguien como Abdelaziz Afalah. Hasta que no dejaron atrás la Comunidad Valenciana no volvieron a dirigirse la palabra. Podría decirse que no habían empezado con buen pie.

## 2

El coronel Jon Beotegui permanecía de pie en un extremo de la sala. Su gesto tenso denotaba cierta preocupación. Esa mañana se jugaba el prestigio del Centro Nacional de Inteligencia, y todo el peso de la operación recaía sobre sus hombros. Nada más entrar allí, dejó la chaqueta del imponente traje italiano que vestía sobre una silla y se aflojó el nudo de la corbata. Acababa de explicarle al gran jefe los últimos flecos de la misión y no estaba de muy buen humor. Detestaba el absurdo politiqueo que a veces implicaba su trabajo.

Frente a él tenía tres enormes monitores que aún no mostraban ninguna imagen. A su espalda, seis técnicos revisaban cientos de datos mientras esperaban a que llegara la señal del satélite. En unos minutos daría comienzo el operativo más ambicioso que los Grupos de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra habían llevado a cabo jamás. Poco antes de que las pantallas se iluminaran como un árbol de Navidad, Jon se giró hacia sus hombres y les miró con orgullo. Se habían terminado los simulacros, afirmó. Llegaba la hora de la verdad. Cuatro muchachos iban a jugarse el todo por el todo para que sus hijos tuvieran un futuro mejor, y contaban con ellos para regresar a casa sanos y salvos. No había margen para la duda, y mucho menos para el error. Pidió concentración y volvió a mirar

las pantallas mientras se recogía las mangas de la camisa. En cuanto se activó la imagen, tuvo ante sí el inconfundible paisaje de las montañas afganas.

Doce horas antes, un helicóptero Black Hawk del Ejército de los Estados Unidos trasladó a cinco miembros de los Boinas Verdes españoles hasta una cordillera montañosa en la frontera entre Pakistán y Afganistán, a cincuenta kilómetros al sur de Jalalabad. Según los servicios de inteligencia británicos, varios señores de la guerra iban a reunirse en un punto concreto de esas montañas con un representante de Al-Qaeda. Las elecciones presidenciales de Afganistán se celebrarían en menos de un mes, y a ninguno de los invitados a ese encuentro le convenía que se desarrollaran de forma pacífica. Aparentemente, habían dejado de lado sus diferencias para llegar a un acuerdo e intercambiar información, armas y opio. El alto mando de la OTAN creía que, si el pacto se hacía efectivo, las cosas se pondrían muy difíciles para Hamid Karzai y la incipiente democracia que presidía.

Aprovechando el factor sorpresa, el aparato fabricado por la compañía norteamericana Sikorsky Aircraft, despegó del aeropuerto de Kabul y voló hasta la frontera pakistaní. En esa zona apenas había caminos practicables, así que los líderes tribales tendrían que llegar hasta el lugar de la reunión sorteando barrancos casi inaccesibles. El MI6 desconocía si emplearían mulas de carga o algún tipo de vehículo a motor, lo que facilitaría enormemente su desplazamiento. Para un occidental resultaría absurdo embarcarse en semejante excursión, pero los afganos estaban hechos de otra pasta. Decían de sí mismos que eran un pueblo nacido para la guerra, que no sabían hacer otra cosa y que antes o después harían ver al mundo su verdad. Vencieron a los soviéticos y vencerían a los americanos.

A las dos de la madrugada, hora local, dos francotiradores españoles descendieron del helicóptero por una cuerda de escalada y se apostaron sobre una losa de piedra en el costado este del punto de encuentro: el cauce de uno de esos barrancos perdidos entre las montañas. Algo más tarde, dos de sus compañeros hicieron lo propio sobre la cima de una ladera al oeste de un terraplén. El quinto miembro del equipo, un veterano capitán condecorado en repetidas ocasiones, les dio las últimas órdenes a través de su dispositivo de comunicación inalámbrico y permaneció sentado mientras el aparato tomaba altura y se alejaba. Para realizar aquel trabajo sólo hacía falta desplegar en el terreno a cuatro hombres con nervios de acero y una puntería excepcional. Su misión era simple. Debían eliminar a los señores de la guerra que acudieran a la reunión y, si era posible, detener al miembro de Al-Qaeda. El capitán Medina, acompañado por algunos oficiales, seguiría el operativo desde la ciudad.

Tres de los Boinas Verdes escogieron el fusil Barrett M95 para llevar a cabo su tarea, mientras el cuarto en discordia optó por el Accuracy AW. Las dos armas habían sido diseñadas para satisfacer las necesidades de los grandes tiradores. Eran rifles de fácil mantenimiento, con reductor de fogonazo, muy robustos y preparados para aguantar temperaturas extremas. Ambos disparaban a una velocidad inicial de ochocientos cincuenta metros por segundo, y su diferencia más apreciable estribaba en la nacionalidad del fabricante. El primero era *yankee* y el segundo británico. Un profano en la materia, aparte de por su aspecto físico, apenas notaría diferencias. Sin embargo, los profesionales tenían en cuenta otros muchos factores. En este caso, la clave residía en su ergonomía. La posición de la mira telescópica en relación con la culata y el gatillo podía marcar la diferencia entre acertar o errar un blanco a más de un kilómetro de distancia. Los hombres que escogieron el Barrett, tenían

un peso y estatura medios, por lo que les iba mejor un rifle cuya única pieza independiente fuera el cañón. El soldado que optó por el Accuracy medía un metro noventa y cinco centímetros. Para sus noventa y siete kilos de pura fibra resultaba más cómoda un arma que permitiera arquear mucho los brazos.

Con el fin de facilitar las comunicaciones, utilizaban unos dispositivos similares a los aparatos *bluetooth* que se pueden encontrar en cualquier tienda de electrónica, aunque éstos eran algo más sofisticados. Sus ondas no podían ser captadas por ningún rastreador ni interferidas por inhibidores. De cara a simplificar aún más las cosas, en sus breves conversaciones no emplearían sus verdaderos nombres. Los dos tiradores del ala este de la cañada se denominaban Eco 1 y 2. A su vez, quienes estaban sobre la ladera oeste eran Eco 3 y 4. Actuar de otra forma podía generar cierta confusión durante el combate.

Eco 1, 2 y 3 eran muchachos de veintipocos años con muchísimas horas de entrenamiento pero ninguna misión real. Pasaron por un gran número de pruebas y sortearon todo tipo de dificultades para ingresar en el Grupo de Operaciones Especiales, aunque no habían tenido ocasión de demostrar sus habilidades en combate. Eco 1 era murciano, se llamaba Alberto Castro y no tenía hermanos ni primos. Nació en Jumilla y vivió en Yecla hasta cumplir los dieciocho. Sus padres y tíos fallecieron en un accidente de tráfico al poco de entrar él en la academia, así que el Ejército era toda la familia que le quedaba. Provenían de Valencia y, por motivos de discreción, no echaron demasiadas raíces en la tierra que vio nacer a su único hijo. Cuando la carretera se los llevó, Alberto se quedó solo. No se le daba bien hacer amigos, y su capacidad para sorprender a una mujer era nula. Él fue quien escogió el rifle inglés pese a la animadversión que sentía por los hijos de la Pérfida Albión.

Eco 2 era de Valencia y tuvo una vida mucho menos traumática. Su padre regentaba un negocio de carpintería y su madre trabajaba en una tienda de ultramarinos. De los cuatro soldados apostados en aquellos montes, era el que peores marcas de tiro tenía. Aun así podía acertar a una liebre en movimiento a seiscientos metros de distancia. Eco 3 era un villarrealense que no encontró su sitio en el mercado laboral y terminó por alistarse voluntario para probar suerte. Cinco años más tarde se convirtió en el mejor francotirador del Ejército. Eco 4 nació en Segovia, aunque su padre era de Mataró, una pequeña localidad al norte de Barcelona. Además de gran tirador, era un experto en la lucha cuerpo a cuerpo que se manejaba de maravilla con el cuchillo. Él sí que había participado en misiones de campo, especialmente en la antigua Yugoslavia, aunque aún no tenía ninguna marca en su casillero. Su veteranía destacaba en el grupo y los demás lo respetaban por ello. Todos habían dejado atrás una plácida existencia para dedicarse a las Fuerzas Armadas. Anteponían el deber a cualquier otra cosa. Eran cuatro asesinos en potencia que iban a perder la virginidad al mismo tiempo. La falta de experiencia real era algo generalizado entre los francotiradores del Ejército de Tierra. Las misiones de rastreo y eliminación no agradaban al presidente del Gobierno, por lo que se dejaban para los aliados de la OTAN con más arrestos. Hasta ese momento nunca habían participado en algo semejante, por lo que el proceso de selección no fue sencillo. El capitán Medina y el coronel Beotegui eligieron a estos hombres confiando en que a la hora de la verdad dieran la talla.

Entre su equipo de combate estándar contaban con el casco de *kevlar* reglamentario, un traje de camuflaje de montaña, gafas de ventisca y de visión nocturna, botas de caucho resistentes al agua y al fuego, y una pistola FN FiveseveN. Teóricamente, después de eliminar a los

objetivos, Eco 1 y 2 bajarían el terraplén empuñando las pistolas y arrestarían al enviado de Al-Qaeda, mientras Eco 3 y 4 les ofrecerían cobertura. Si todo salía según lo previsto recogerían los fusiles y se reunirían con el Black Hawk en un lugar a dos kilómetros al norte de aquella posición. Si las cosas se torcían, tendrían que dividirse. Abandonarían las armas pesadas y correrían en busca de refugio. Entonces sería cuando Jon Beotegui habría de dar lo mejor de sí mismo.

Los francotiradores aprovecharon las primeras horas de oscuridad para preparar sus posiciones. Escogieron los lugares idóneos para disparar sin ser localizados y se cubrieron con ramas secas y tierra. Además, se echaron una loneta de camuflaje sobre la espalda que les volvió casi invisibles. Comprobaron el correcto funcionamiento de los intercomunicadores y dieron una cabezada. ¿Quién sabía cuándo podrían volver a dormir? Eco 1 fue el primero en despertar. Oculto en su agujero de tirador, comprobó la hora y efectuó un ligero seseo que fue suficiente para despertar a sus compañeros. Eran las siete y media de la mañana. Debían beber abundante líquido, comer barritas energéticas con cafeína y mantenerse frescos. Si a alguno le entraban ganas de orinar, tendría que apañárselas sin salir de su escondite.

Alberto dejó pasar las horas pensando en su padre y en lo mucho que habían cambiado las cosas. Toda su familia sirvió en el Ejército. Su padre, su abuelo, su bisabuelo e incluso su tatarabuelo. Pero las historias que le contaron de niño no se asemejaban en nada a lo que él estaba viviendo. Su padre y su abuelo formaron parte de unos batallones pensados para controlar a la población civil, no para realizar misiones internacionales. Pese a disponer de acuartelamientos gigantescos en cada capital de provincia, estaban muy mal preparados. A su abuelo le hubiera sonado

a chino un operativo como aquel. Esas cosas se dejaban para los americanos. Un buen soldado únicamente debía preocuparse por servir con honor y lealtad a la patria. Y éso sólo implicaba desfilarse bien y, de vez en cuando, acojonar a los rojos. Su padre vivió en primera persona el intento de golpe de estado de 1981. En esa época servía en la Tercera Región Militar a las órdenes del capitán general Milans del Bosch. Alberto aún no había nacido cuando los tanques tomaron Valencia, aunque su padre le contó cientos de veces lo orgulloso que estaba por haber actuado militarmente al menos una vez en la vida. «¿Cómo puede estar satisfecho de algo así?», se preguntaba Eco 1 en esos momentos. Si hubiese vivido para admirar la enorme preparación adquirida por el Ejército de Tierra, la Marina y el Ejército del Aire, se habría quedado pasmado. Que unos soldados españoles estuvieran actuando en una misión de tal relevancia era algo asombroso y, pese a que no tenía ni idea de cómo llegó hasta allí, agradecía que el alto mando hubiera confiado en él.

Alberto era un muchacho de tez clara y llamativos ojos azules. Si debía ocultarse en aquellas montañas difícilmente podría hacerse pasar por un nativo, así que confiaba en que no hubiera problemas con la evacuación. Además, su cabello rubio platino tampoco le facilitaría las cosas. Llegado el momento se lo oscurecería con algo de fango y grasa. «Cualquier cosa antes que parecer americano». Según los cánones occidentales de belleza, podía decirse que era un tipo atractivo. Alto y fuerte, su talón de Aquiles era la timidez. No podía dirigirse a ninguna muchacha sin sonrojarse como un colegial, especialmente si era hermosa.

Jon Beotegui, en la seguridad de la sala de operaciones del CNI, en Madrid, observaba las pantallas y veía con claridad el lugar en el que estaban apostados sus hombres. Pocas veces más tendría la oportunidad de trabajar con un satélite

espía de la USAF, y debía reconocer que aquellos tipos jugaban en otra liga. Unos minutos antes de ver aparecer al primer grupo de combatientes afganos, recordó la reunión que mantuvo en la sede de la OTAN una semana antes.

El espionaje británico se había hecho eco de una información descorazonadora. Jabbar Khan, el más importante y cruel señor de la guerra en el este del país, había recibido la visita de un importante mandatario de Al-Qaeda. Al parecer, y siempre según las fuentes británicas, la organización terrorista prometió a Jabbar Khan una gran cantidad de dinero a cambio de opio. Marcó un precio muy por encima del habitual y le pidió que encontrara a otros tres valientes guerreros capaces de morir por la causa. Si hacían cuanto estuviera en sus manos para que las elecciones del 20 de agosto no llegaran a celebrarse, les entregaría lo prometido y les proveería gratuitamente de armamento durante un año. Se trataba de una oferta irrechazable y, como era de esperar, en un par de días Jabbar Khan respondió. Encontró unos posibles socios, aunque antes de cerrar ningún acuerdo debían reunirse para aclarar algunas cuestiones. Después, si no había problemas, sellarían el trato. El lugar del encuentro lo marcó la organización terrorista. Los talibanes se movían a sus anchas por las montañas que separaban los dos países, repeliendo con facilidad cualquier incursión del Ejército pakistaní.

La inteligencia británica, también conocida como MI6, obtuvo la información a través de agentes indios infiltrados en la zona. Su fiabilidad era máxima. Afirmaban y entendían que no podían dejar pasar la oportunidad de reventar la reunión. Lo primero que hicieron fue contactar con los estadounidenses. Apenas había secretos entre el MI6 y la CIA, al menos en esa dirección. En cuanto los directores de ambos organismos conocieron todos los detalles del encuentro en las montañas afganas, informaron a los mandos

de la OTAN y solicitaron una intervención inmediata. Se debía actuar con rapidez y contundencia, aunque existía un problema logístico importante: en esas fechas, mediados de julio de 2009, los ejércitos norteamericano y británico, ayudados por seiscientos efectivos afganos, estaban librando la más cruenta batalla contra los talibanes desde la llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos. No podían prescindir de ningún efectivo desplegado en el suroeste del país para trasladarlo a una misión de alto riesgo en la frontera oriental. Tenían que delegar ese trabajo en alguno de sus aliados.

Inicialmente pensaron en los franceses. Los Boinas Rojas galos habían demostrado en repetidas ocasiones su efectividad, pero al director de la CIA no le agradaba la idea de dar más pábulo a un ya de por sí sobrevalorado Nicolas Sarkozy. En segundo lugar, el director del MI6 propuso a los alemanes, pero el jefe de la CIA volvió a poner trabas. Por la razón que fuera no le venía bien pedir ese favor al gobierno de la canciller Angela Merkel. En medio del debate sobre si los canadienses estaban preparados para algo así, al general de la OTAN que actuaba como enlace entre los dos centros de inteligencia se le ocurrió una brillante idea. Gracias al reciente cambio de gobierno en Estados Unidos, un denostado José Luis Rodríguez Zapatero había regresado con fuerza a la escena internacional. Consolidó su posición en el G20 y su ejecutivo volvió a estar bien visto por la Casa Blanca. Le debía mucho a Barack Obama, y había estado tanto tiempo dando problemas con su estúpida Alianza de Civilizaciones que se merecía empezar a devolver favores de inmediato. El jefe de los espías británicos sonrió con mordacidad en cuanto escuchó la idea. El Ejército de Tierra español no le ofrecía ninguna garantía, pero su álgido americano opinó de forma bien distinta. Conocía el trabajo que realizaban los Grupos de Operaciones Especiales.

Estaban bien entrenados y, además, a Rodríguez Zapatero no habría que pedirle ningún favor. Con una llamada de la Secretaría de Estado americana a su homólogo español, tendrían al director del CNI en Bélgica en menos de veinticuatro horas.

La sede central de la OTAN se encontraba en el número 1110 del bulevar de Leopoldo III, en Bruselas. Presidía la entrada una estatua de acero con forma de estrella. Pese a que inicialmente se proyectó para que tuviera una vigencia indefinida, ya se estaba diseñando un complejo mucho mayor. El edificio principal era de unas dimensiones considerables y albergaba a casi todos los burócratas de la organización. Diversos edificios aledaños, todos de menor tamaño y bastante más discretos, acogían departamentos de lo más variopinto. El recinto vallado disponía de un helipuerto, una zona arbolada, un campo de fútbol y varios aparcamientos con capacidad para cientos de vehículos. Jon Beotegui tuvo ocasión de visitarlo un par de veces en el pasado: primero como estudiante de la academia y después como enlace militar en una visita del Ministerio de Defensa. Conocía bien las instalaciones y no le impresionaban.

Tal y como el jefe de la CIA previó, el director del CNI y el propio Jon recibieron la orden de desplazarse hasta Bélgica poco después de que pidiera esa gestión en la Secretaría de Estado. La mañana del lunes 13 de julio, a las diez y media en punto, Jon Beotegui y el máximo responsable del espionaje español llegaron a la entrada del recinto. Tras acreditarse en la imponente recepción solicitaron ver al señor Adam Numlk, agregado lingüístico del Gobierno británico. El señor Numlk era en realidad un espía anglosajón que contaba con el total respaldo de la CIA y el MI6. En unos minutos bajó a recogerles una espigada teniente noruega del Área de Relaciones Públicas que, pese a su actitud altiva y sus modales algo toscos, no

pudo evitar sonrojarse cada vez que el coronel Beotegui la miraba a los ojos. Un par de días más en Bruselas y la fría escandinava habría terminado derritiéndose en sus brazos como un helado de chocolate bajo el sol. Caminaron juntos por un largo y estrecho corredor que les llevó hasta una salida de emergencia. La oficial trataba por todos los medios de no mirar al guapo coronel, aunque a duras penas lo conseguía. Entonces Jon advirtió a su jefe sobre algunas cuestiones a tener en cuenta. Si no le parecía mal, comentó, él llevaría el peso de la conversación. Conocía al tal Numlk y sabía como se las gastaba. El director del centro accedió sin problemas y Jon volvió a dedicarle a la hermosa teniente una de sus mejores sonrisas. Al salir al jardín vieron un coche azul oscuro que esperaba para llevarles hasta un pequeño bloque rectangular al otro extremo del complejo. Junto a la puerta del edificio había una placa que prohibía acceder al interior sin estar oportunamente acreditado. Se trataba del Centro de Traducción e Interpretación Multidisciplinar, un elaborado eufemismo que advertía de la presencia de espías. La teniente les acompañó hasta una sala en la que apenas había una mesa, cuatro sillas y un mapa del mundo dividido en franjas horarias. Una ventana con vistas a la zona arbolada permitía que la luz natural iluminara la estancia. Eso era todo. Aquel lugar no tenía ni pizca de glamour. Tras verlos sentarse, la oficial les saludó con algo más de cortesía y abandonó la sala. Su trabajo había concluido. Jon la miró detenidamente y memorizó cada curva de su uniforme. En cuanto tuviera ocasión averiguaría su nombre y, si volvía por allí, la invitaría a tomar una copa.

Adam Numlk era un insolente y malcarado agente del MI6 que dando puñaladas traperas había llegado casi a lo más alto del escalafón. Probablemente en un par de años sería elegido para suceder a su viejo director, aunque Jon esperaba que ese momento nunca llegase. Lo conocía bastante, y no

le caía bien. De hecho detestaba a aquel engreído hijo de puta. Si de él hubiera dependido no habría hecho ese viaje. En el pasado, cuando Adam y él eran agentes de campo, tuvieron un par de encontronazos que terminaron muy mal para ambas partes. Pero las órdenes eran las órdenes. El ministro en persona llamó al CNI para solicitar al coronel Beotegui y a su jefe que se desplazaran hasta Bruselas lo antes posible. El agregado cultural británico, o algo así, afirmó, les esperaba en la sede de la OTAN. El ministro de Exteriores español no solía prestar demasiada atención a los detalles, así que Jon tuvo que arreglárselas solo para averiguar a quién iban a ver en realidad. No le gustaban las sorpresas, especialmente en lo relativo a su trabajo.

El director del CNI acostumbraba a vestir de un modo bastante tradicional. Era un militar de carrera que se sentía como pez fuera del agua cuando no iba de uniforme. Pantalones de pana, camisa tostada, chaleco, corbata marrón y americana inglesa constituían su indumentaria habitual. Con el uniforme parecía más joven, pero ya no podía ni debía vestir como un militar. Acababa de acceder al cargo tras un escandaloso episodio protagonizado por su antecesor, quien, según informaron los principales periódicos del país, empleaba los recursos del centro para fines privados. El caso de Jon era bien distinto. Era un tipo con buen porte al que le gustaba la ropa informal. Ahora bien, si tenía que arreglarse lo hacía con estilo. Camisa blanca, corbata de seda italiana y traje azul marino. Su pelo moreno resaltaba sus toscas facciones, y su descuidada barba de tres días le aportaba cierta espontaneidad. Curiosamente siempre llevaba la misma barba, lo que significaba que en realidad no era nada espontáneo. Jon era un hombre atractivo. Treinta y tantos años, divorciado, con bíceps de acero y abdominales bien definidos. No tenía hijos, al menos naturales, aunque cada mes le pasaba una pensión a su ex mujer para que no

le faltara de nada a la hija de ésta. Lucía Iborra, cabo del ejército en excedencia, logró arrebatarle la soltería tres años antes, pero su matrimonio fue un completo desastre que apenas duró seis meses. No estaban hechos el uno para el otro, y eso parecía saberlo todo el mundo a excepción de ellos dos.

Unos minutos más tarde abrió la puerta de la sala el enjuto Adam Numlk y entró como una exhalación. Cuanto antes empezara, antes terminaría. Verse las caras con el coronel Beotegui no le hacía ni pizca de gracia. Sus mejillas, picadas de viruela, parecían un mapa de la Luna. Su pelo, rojo como el sol del atardecer, era de clara ascendencia irlandesa, aunque Adam siempre se sintió orgulloso de su pasaporte británico. Era un tipo peculiar cuya mirada generaba desconfianza. Al director del CNI no le hubiese gustado nada tenerlo bajo su mando. Comprendió las observaciones que le hizo su hombre y entendió que había hecho bien al dejarle llevar la reunión.

— Buenos días, caballeros! —espetó Adam en un más que aceptable castellano.

— Buenos días! —respondió el director mientras su hombre de confianza guardaba silencio.

—¿Han tenido un buen viaje? —preguntó a la vez que tomaba asiento frente a ellos.

—No ha estado mal —dijo entonces Jon—. Un poco precipitado, quizá.

—Bueno, que conste que no ha sido idea mía —aclaró el inglés.

—Ni nuestra —sentenció Jon. Con esto daban por concluidos los saludos formales.

Adam Numlk dejó sobre la mesa una carpeta con documentos secretos relativos a Al-Qaeda, los talibanes y cuatro señores de la guerra afganos. Comentó algún detalle sobre las conversaciones que sus superiores habían mantenido

unas horas antes y afirmó que el alto mando de la OTAN y el gobierno español ya estaban informados de lo que se iba a discutir allí. Todo estaba acordado de antemano entre las diferentes partes, así que, teóricamente, aquella reunión no era de cortesía sino de traspaso de responsabilidades. A partir de ese instante el CNI y el Ejército de Tierra español serían los encargados de llevar a cabo una misión de rastreo y eliminación en Asia Central. Qué métodos utilizaran o con quién contarán, no era asunto suyo. Si necesitaban ayuda externa, la CIA había avisado al general Dennehy, máximo responsable de la base estadounidense en Jalalabad, para prestarles asistencia técnica. Nada más. Todos los detalles de relevancia se encontraban en aquellas páginas. Los cuños de autorización de la CIA y el MI6 que les permitían acceder a la documentación, aparecían en todas ellas. Oficialmente acababan de aceptar una misión para la que, sinceramente, terminó diciendo el inglés, no estaban preparados.

Según las leyes británicas y estadounidenses nadie que no estuviera debidamente autorizado podía leer un documento de alto secreto. Por eso inventaron aquellos sellos de consentimiento parcial. Si un agente de un país aliado necesitaba ver determinados informes, sellaban todas sus páginas y se los entregaban. Así ya no se consideraba ese hecho como un delito de espionaje.

Jon dejó a un lado la carpeta y miró fijamente a Numlk. No tenía muy claro si les estaba dando un increíble regalo o jugándoles una mala pasada. Cerró los ojos, agachó ligeramente la cabeza y se masajeó levemente la parte superior del tabique nasal.

—Antes de salir de aquí... —dijo sin cambiar de actitud.

—¿Sí? —preguntó su interlocutor.

—Quería decir que antes de dejar esta sala necesitaremos hacer unas cuantas comprobaciones —sentenció abriendo los ojos y parpadeando varias veces. Todo formaba parte del

mismo juego. La comunicación no verbal era tan importante como las palabras que pronunciaban o escuchaban. Hizo ver que estaba meditando y puso al inglés a la defensiva.

—¿Qué tipo de comprobaciones?

—Pues... por ejemplo me gustaría llamar a la base norteamericana en Jalalabad.

—¿Cómo? ¿Es que duda de la veracidad de esta documentación? —preguntó Adam en un tono ciertamente airado.

— No, por favor! No queremos decir eso en absoluto... —interrumpió el director del CNI. Apenas tenía experiencia en ese tipo de trabajos y lo último que quería era generar un conflicto diplomático —pero compréndanos... esto es muy delicado. Si el señor Beotegui considera que, por mera rutina, debemos hacer unas llamadas...

— Así es! —exclamó Jon—. Mera rutina. Puede verlo como una comprobación de lo más banal si así se siente mejor, señor Numlk. Ahora bien, ya le adelanto que no nos llevaremos ni un solo papel de esta oficina sin hacer antes tres llamadas. Compréndalo, Adam! Usted haría lo mismo si estuviera en nuestro lugar. Primero contactaremos con el general Dennehy, después con mi enlace en el MI6 y finalmente con nuestro embajador en Washington. Si las respuestas que recibimos son las esperadas, nos llevaremos la carpeta. De lo contrario —amenazó — tendremos mucho más de qué hablar. ¿Me ha entendido?

— Por supuesto! —espetó el inglés. Entendía los recelos de Jon y aunque le habría encantado negarse, sabía que no podía hacerlo—. ¿Llamará desde su móvil o pido que nos traigan un inalámbrico?

—Pida un teléfono, por favor. Prefiero llamar desde un fijo.

Adam y Jon se conocieron cinco años atrás en Gibraltar. Tuvieron que trabajar juntos en un caso de contrabando

y evasión de divisas que, aparentemente, estaba ligado a un grupo terrorista subsahariano. Al final resultó que sólo se trataba de una red de delincuencia organizada gibraltareña y el espía británico tomó un vuelo a Londres con toda la documentación antes de que Jon pudiera avisar a la Guardia Civil. Ya que no era un asunto de seguridad nacional, afirmó cuando Beotegui lo localizó y le pidió explicaciones, no tenía por qué informar a nadie. Prefirió consentir que unos delincuentes del Peñón continuaran trapicheando con tabaco y hachís antes que permitir a la policía española obtener un éxito de relevancia. Aquello le reportó importantes amistades en la colonia, pero dejó a Jon con el culo al aire. Unos meses más tarde el destino volvió a unirlos. Se vieron las caras en un casino de Marbella mientras Adam seguía los movimientos de un traficante de armas sirio. Sin la menor contemplación, el agente español se acercó a los guardaespaldas del contrabandista y les avisó de la presencia del MI6. Todo el trabajo de Adam se fue al garete y juró que tarde o temprano se vengaría.

Los dos espías españoles regresaron a Barajas a bordo de un avión militar. Las llamadas de Jon habían confirmado las indicaciones iniciales. La operación iba en serio. Tenía mucho trabajo por delante y muy poco tiempo para prepararlo. En siete días debía seleccionar varios tiradores, trasladarlos hasta Afganistán, llevarlos a las montañas más peligrosas del planeta y recogerlos después de que hubieran eliminado a unos cuantos jefes tribales. Desde un punto de vista organizativo, era un auténtico infierno. Trabajando en el CNI había realizado operaciones similares, tanto en el extranjero como en territorio nacional, pero siempre por iniciativa propia. Hasta ese momento nunca había recibido una llamada de la OTAN o de un país aliado. El espionaje español por fin empezaba a ser tenido en cuenta internacionalmente. Ya no era un reducto del franquismo

en el que sólo trabajaban viejas glorias. Ejecutar bien esa misión significaba mucho para él. Por eso esperaba que sus jefes estuvieran a la altura y, como mínimo, no estorbaran.

A las diez de la mañana del lunes 20 de julio, con todos los cabos bien atados, los cuatro tiradores estaban en posición y Jon Beotegui se preparaba para darles las primeras indicaciones. Se colocó el dispositivo de comunicación por satélite en la oreja y carraspeó ligeramente antes de hablar.

—Base Cero a grupo Eco. ¿Me recibe grupo Eco? Cambio —preguntó con voz serena.

—Eco 1. Recibido, alto y claro. Corto —susurró Alberto Castro. Tras él fueron confirmando en cadena el resto de sus compañeros.

—Eco 2. Recibido, alto y claro. Corto.

—Eco 3. Recibido. Corto.

—Eco 4. Recibido, alto y claro. Corto.

Todo estaba listo para iniciar la primera misión ofensiva del ejército español en muchos años. No iban a defenderse de un ataque. Iban a realizar una acción claramente hostil sin que hubiera mediado provocación alguna.

—Bien muchachos, me alegro de oíros —afirmó Jon—. Os tengo en pantalla. En cuanto observemos algún movimiento extraño os avisamos. De momento mantened la posición. Corto.

La única condición que el Ejecutivo español puso para aceptar tal responsabilidad, fue que el operativo no saliera a la luz pública jamás. El presidente del Gobierno había apostado fuerte por una política exterior nada beligerante. Si se filtraba a los medios que una escuadra de tiradores especializados había eliminado a cuatro señores de la guerra en Afganistán, su credibilidad caería en picado. Debido a eso, sólo conocían la misión los miembros del círculo presidencial, el director del CNI, los seis técnicos que acompañaban al coronel en aquella hora tan tensa, el

capitán Medina y los mandos de la base en Kabul, el general Dennehy y los miembros del MI6 y la CIA ya mencionados. Aun así, para Jon se trataba de una multitud.

—Base Cero a capitán Medina. ¿Me recibe, capitán? Cambio —preguntó Beotegui para asegurarse de que la comunicación con Kabul también funcionaba correctamente.

—Aquí Medina. Le recibo alto y claro, coronel. Cambio.

— Perfecto! —exclamó Jon—. Manténganse a la escucha. Corto. Desde el aeropuerto de Kabul seguirían la operación por audio pues carecían de imágenes. Jon decidió implicarles directamente por si, llegado el momento, tenía que solicitar el despegue de un segundo helicóptero. Logró que la USAF le prestara uno de sus satélites espía gracias a la empatía que mostró con el general Dennehy. En cuanto pudieron charlar sin interrupciones, lograron entenderse rápidamente. Los dos eran hombres de acción, no simples oficinistas. Sin la capacidad organizativa que ofrecía poder ver la zona de combate desde el aire y en directo, resultaría imposible ayudar a los soldados si algo se torcía. Dennehy hizo todo cuanto pudo por conseguirle a su colega un par de horas de satélite. Inicialmente la Fuerza Aérea de los Estados Unidos se mostró muy reacia, pero gracias a la insistencia del general terminaron por ceder. El Black Hawk sólo fue la guinda del pastel.

En la sala de control de operaciones, todos los ojos estaban puestos en las pantallas que mostraban aquellas montañas, cuando Jon advirtió algo anómalo. Jabbar Khan y sus guardaespaldas aparecieron en el margen izquierdo de la cañada seguidos por una docena de mulas de carga y una veintena de hombres armados. Aún estaba tratando de comprender qué veía, cuando los otros tres señores de la guerra aparecieron por el margen derecho. Entre todos sumaban una treintena de mulas y casi cincuenta

muyahidines. Aquella no era una reunión para que Jabbar Khan presentara a las diferentes partes, tal y como decía la documentación. Era una entrega en toda regla. Unos instantes más tarde, doce talibanes siguieron el camino del grupo más numeroso. Demasiados para cuatro tiradores. Todo el operativo se había ido al garete antes de empezar. Jon se volvió hacia los técnicos y les ordenó ampliar el foco de la imagen. Ya se habían llevado la sorpresa del día. No quería más disgustos. Si había alguien más en cien kilómetros a la redonda necesitaba saberlo de inmediato. Uno de los informáticos se puso en pie y corrió hacia la estantería en la que descansaban los libros de códigos. Otro apagó el programa de identificación con el que estaba trabajando y se centró en corregir algunos parámetros estadísticos. Debían replanteárselo todo y apenas tenían tiempo. No hizo falta que el coronel se pusiera a gritar órdenes como un loco. Todos sabían qué significaba aquello. A Jon siempre le gustó rodearse de buenos profesionales.

—¡Jodido Adam Numlk! —exclamó finalmente.

La documentación que se llevaron de Bruselas no afirmaba que Jabbar Khan hubiera conseguido poner de acuerdo a los jefes tribales y al enviado de Al-Qaeda. Sin ese dato, lo lógico era suponer que a la reunión acudirían con una pequeña escolta. Nada más. En lugar de eso, lo que había allí abajo era un ejército de afganos medio locos que disparaban primero y preguntaban después. Era imposible que el MI6 hubiera obviado esa información. La única explicación que Jon alcanzó a interpretar fue que Adam no les había dado el *dossier* completo. En algún momento se había cerrado el trato entre las distintas partes, pero el espía anglosajón se guardó las páginas que hacían referencia a ese hecho. De haberlo sabido, Jon hubiera enviado a sus hombres con un puntero láser para barrer el barranco con un misil tierra aire. Todo habría resultado mucho más caro, especialmente por

el desplazamiento de un F-18 Hornet desde Torrejón hasta Afganistán y por el coste del propio misil, pero también habría sido más contundente y seguro. Por el contrario, con lo que se encontraba en ese momento era con una compañía entera de fuerzas hostiles para sólo cuatro tiradores. Debía pensar deprisa o perdería toda posibilidad de triunfo. Aún no se había decidido por ninguna opción cuando Alberto Castro rompió el silencio.

—Eco 1 a Base Cero. *¿Me recibís? Cambio.*

—Aquí Base Cero. Alto y claro —dijo Jon—. *Cambio.*

—*¿Estáis viendo lo mismo que nosotros? Cambio.*

Las caravanas se acercaban al punto de encuentro y los francotiradores ya las tenían a la vista. La misión estaba pensada para eliminar un máximo de veinte objetivos. Alguien había cometido un tremendo error, y los soldados desplegados sobre el terreno serían quienes pagaran las consecuencias.

—Base Cero. Lo vemos. Estamos valorando la situación. Mantened la posición y guardad silencio. Corto —ordenó Jon.

—Aquí Base Kabul —interrumpió el capitán Medina. Lo que acababa de escuchar no le agradó demasiado—. *¿Qué sucede? Cambio.*

—Base Cero a Kabul. Hagan despegar dos *libélulas*. Repito: lancen al aire el Black Hawk y un Cougar. Ordenen que sobrevuelen la zona del encuentro a máxima altitud. No queremos llamar la atención, pero quizá sea necesario dividir al grupo de tiradores para su rescate. Detectamos fuerzas hostiles demasiado numerosas. Repito: fuerzas hostiles demasiado numerosas. *Cambio.*

—Base Kabul. Entendido. Corto.

El coronel Beotegui era un enamorado del Black Hawk. Consideraba que era mucho más versátil que el Cougar. Por esa razón solicitó uno de esos aparatos al general Dennehy,

pero los nuevos acontecimientos no dejaban espacio a las florituras. Sus hombres iban a necesitar dos helicópteros para abandonar el campo de batalla y en esos momentos poco hubiera importado que sólo quedara un viejo cacharro de la guerra de Vietnam. Con disponer de un pájaro que volara le bastaba.

Tras analizar detenidamente la situación y consultar a sus técnicos, tomó una decisión insólita. Resultaba muy difícil tener éxito con tantas variables incontroladas, pero creía firmemente en la capacidad de sus hombres. Estaban preparados para eso y para mucho más. Activó de nuevo el comunicador y se dirigió al equipo de tierra. Respiró profundamente y habló con toda la tranquilidad de la que pudo hacer gala. Resultaba obvio que la información británica estaba incompleta. El número de fuerzas enemigas superaba con creces sus previsiones. Era imposible que un grupo de cuatro tiradores acabara con todos. La misión inicial quedaba cancelada. Ese día no arrestarían a nadie, aunque todavía podían hacer muchas cosas. Preguntó a cada uno de sus hombres por los posibles blancos. Era fundamental que los señores de la guerra cayeran. Si le aseguraban eso, les autorizaría a vaciar sus cargadores y dejar la zona en oleadas. Estimaba las posibilidades de éxito en un cincuenta por ciento. Si creían que podían hacerlo, daría la orden de abrir fuego. Si lo veían inviable autorizaría la retirada. Después de unos segundos de silencio, Eco 4, el más veterano de los Boinas Verdes, susurró que prefería intentarlo. El resto del equipo confirmó esa opinión y el coronel Beotegui, sin dudarle un segundo, les deseó suerte y ordenó atacar.

Los diferentes grupos de afganos se convirtieron en uno a escasos quinientos metros de Eco 1. Él solo podía encargarse de los cinco objetivos en un par de minutos pero, tras consultarlo con sus compañeros, fijó la mira telescópica en Jabbar Khan y se centró sólo en él. Eliminarían a los

cuatro líderes afganos de una vez y, en la siguiente descarga, acabarían con algunos de sus lugartenientes y con el enviado de Al-Qaeda. Era muy fácil identificarlos entre aquella turba de sucios guerreros que abarrotaba el fondo del barranco, así que lo tuvieron claro desde el principio. Los cuatro se compenetraban a la perfección. Sus mentes funcionaban como una sola.

La vaguada estaba flanqueada por una inmensa y escarpada pared en su costado occidental, pero el oriental no era más que una ladera con una pendiente de treinta grados que, aunque con cierta dificultad, los aguerridos muyahidines terminarían por superar. La tierra de los laterales era de color ceniza y el suelo estaba formado por pequeños guijarros que el constante viento y alguna riada habían moldeado a su antojo.

Las treinta apestosas mulas se arremolinaron en torno a unos cuantos fardos de heno junto a las rocas y empezaron a comer. Los hombres se sentaron en pequeños grupos para beber y descansar mientras sus señores parloteaban. Llevaban colgadas a la espalda una especie de botas de piel de cabra que mantenían el agua limpia y fresca. La tranquilidad era la nota predominante allí abajo cuando el enviado de Al-Qaeda se acercó al más anciano de los jefes tribales para abrazarlo. Después hizo lo mismo con el más joven y con el que aparentaba una edad intermedia. Finalmente, se acercó a Jabbar Khan y sonrió. Tras darse el más fuerte de los abrazos charlaron un instante. Entre ellos había una relación mucho más íntima. Un segundo después, los tiradores apretaron el gatillo y eliminaron a los cuatro líderes. El sonido de los rifles disparando al unísono retumbó en la cañada como si se tratase de una explosión. Jabbar Khan cayó al suelo con la cabeza destrozada mientras los demás sólo recibieron un agujero en el pecho. Eco 1 prefirió arriesgar un poco y alzar unos milímetros el punto mira. Un

balazo en la frente no dejaba lugar a equívocos. Su objetivo estaba muerto.

Jabbar Khan inició su carrera delictiva mucho antes de que los soviéticos abandonaran el país. Mientras el resto de sus compatriotas se dedicaba a resistir contra los invasores, él se esforzó por cultivar opio y satisfacer la enorme demanda que por entonces había. Eran los años en que la heroína destrozaba miles de familias al año en Occidente. Mucho antes de que Pablo Escobar lograra introducir su cocaína en Estados Unidos. Jabbar Khan se convirtió en un hombre muy poderoso, pero, inesperadamente, los soviéticos abandonaron el país en 1989 y los talibanes se hicieron con el poder. Nuevos amos, nuevas reglas. Jabbar Khan tuvo que radicalizar su religiosidad para no caer en desgracia, y sus beneficios descendieron notablemente. En todo caso, el destino aún le guardada una agradable sorpresa. Los norteamericanos acabaron por tomar el relevo a los rusos, la guerra volvió a tierras afganas y el negocio del opio resurgió de sus cenizas. Ya no tenía que rendir cuentas a unos fanáticos. Sólo les llamaba cuando le convenía. Era totalmente independiente, igual que sucedió veinticinco años antes, y a pesar de que ya no era tan joven, retomó sus negocios con una crueldad sin parangón. No tardó en convertirse en el líder tribal más poderoso del país. Los americanos trataron de *comprarlo* en repetidas ocasiones, pero no lo consiguieron. Sus sesos todavía permanecían calientes sobre unas piedras cuando una segunda detonación acabó con las vidas del terrorista de Al-Qaeda y tres de sus hombres. El caos se adueñó del barranco. Las mulas corrían despavoridas de un lado a otro mientras los muyahidines buscaban refugio entre las rocas. No había pasado ni un minuto cuando una tercera detonación barrió el aire. Cuatro hombres más cayeron al suelo sin vida. Permanecer allí significaba morir, así que los afganos se pusieron en pie y corrieron ladera arriba en

busca de sus enemigos. Desconocían si se encontraban allí, pero esa era su única opción. Eco 2 colocó una pequeña carga de C4 bajo su arma y abandonó la posición a toda prisa. Eco 3 y Eco 4 dejaron de sincronizar sus disparos y empezaron a abatir desde el otro lado del barranco a los guerreros que ascendían más deprisa. Eco 1, aún en su sitio, hacía lo mismo con especial rapidez. A fin de cuentas era el que más tenía que perder. Lo afganos se percataron de que la mayoría de los disparos provenían del costado opuesto de la vaguada y retrocedieron en busca de refugio. Entonces, Eco 1 hizo lo mismo que su compañero y salió de allí sin perder un segundo. Un kilómetro más al norte les recogería el Black Hawk estadounidense. Activó su dispositivo de comunicación y contactó con la base.

—Eco 1 a Base Cero — gritó mientras corría—. ¿Me recibís?

— Alto y claro, Eco 1! —espetó Beotegui—. Tienes diez minutos para alcanzar el punto de recogida. No te retrases. El terreno que tienes enfrente es bastante llano. Eco 2 te lleva unos trescientos metros de ventaja. El *pájaro* está en el aire. Sobrevuela la posición. ¿Me has entendido, Eco 1?

— Entendido! Corto.

Las instrucciones estaban más que claras. No valía la pena perder el tiempo conversando. Debía darse prisa o desaprovecharía la única oportunidad de salir con vida. Eco 3 y Eco 4 habían hecho un excelente trabajo al convencer a los afganos de que no era viable subir la ladera. Desconocía cómo lo estarían pasando y esperaba de todo corazón volver a verles pronto. Le habían salvado la vida.

En el barranco, junto a la frontera pakistaní, los afganos comenzaban a organizarse. Habían localizado a los tiradores. Contaban con lanzagranadas RPG-7V. Su alcance rondaba los quinientos metros y eran capaces de perforar sesenta milímetros de acero como si fuera papel de fumar. Uno

de los lugartenientes de Jabbar Khan seguía con vida, y enseguida comprendió la gravedad y relevancia de lo que estaba sucediendo. Si salía de allí se haría con el negocio de su señor. Si moría, sería recordado como un mártir y su familia agasajada hasta el extremo por los talibanes. Fuera como fuese, sacaría un buen rédito.

La primera granada explotó muy lejos del objetivo pero advirtió a Eco 3 y Eco 4 de lo difíciles que podían llegar a ponerse las cosas. Estaban apostados en una posición elevada, pero ni siquiera tenían suficiente munición para acabar con dos terceras partes de sus enemigos. Cuando éstos optaran por lanzar un ataque frontal, les despedazarían. Tras consultarlo con el coronel, éste recomendó a Eco 3 abandonar la zona. Eco 4 contendría el ataque tanto como pudiera.

Nada más quedarse solo, el experimentado Boina Verde empezó a abrir fuego contra todo lo que se movía. El lema «un disparo un muerto» dejó de tener validez. Lo único que necesitaba era ganar tiempo para que su compañero se alejara de allí. «Me tocó bailar con la más fea», pensó, pero no por ello dejó de cumplir con su deber. De él dependía que el resto del equipo alcanzara los helicópteros y, a pesar del riesgo que implicaba esa tarea, no retrocedió ni un metro hasta que Jon lo autorizó. Era un honor que el coronel Beotegui hubiera confiado en él para cerrar la huída. Se sentía bien. La adrenalina corría por sus venas como un Ferrari en un circuito de carreras. Sólo pensaba en eliminar muyahidines. Le preocupaba más la seguridad de sus compañeros que su propia vida. En cuanto Eco 3 se encontró a quinientos metros del punto de recogida, Jon por fin le permitió colocar las cargas explosivas bajo los fusiles y correr.

Los afganos no tardaron en descubrir que los franco-tiradores se habían escabullido y subieron en tromba por la

empinada pared. Sus gritos de rabia reverberaban entre las rocas y se hacían especialmente inquietantes. Al alcanzar la cima, dos de ellos se abalanzaron sobre los Barrett como si acabaran de encontrar el tesoro de Rackham *el Rojo*. El C4 hizo explosión al levantarlos del suelo y arrasó con todo lo que había alrededor. El resto de guerrilleros observaron la escena horrorizados y corrieron en busca de los infieles que habían provocado tal espanto. Si les capturaban con vida, les someterían a los peores tormentos que un hombre pudiera imaginar.

Una práctica muy extendida en la región consistía en atar a los prisioneros de guerra a un caballo y hacerlo correr desbocado hacia un precipicio. En otras ocasiones, cuando querían recrearse más con el dolor ajeno, los entregaban amordazados a las viudas de los muyahidines caídos para que los despedazaran a pedradas. Dar muerte a un ser humano apenas tenía relevancia en ese país, pero deshonar a una tribu se pagaba muy caro. Los tiradores españoles habían terminado con la vida de cuatro grandes jefes tribales. Ese pecado era intolerable.

Eco 3 ya había alcanzado el helicóptero cuando Eco 4 oyó a los feroces afganos gritando a su espalda. No les separaban ni doscientos metros. El coronel Beotegui le animó a forzar la marcha y ordenó esperar al Cougar. Podía conseguirlo! Entonces Eco 4 recordó que sus enemigos disponían de lanzagranadas de medio alcance. Si les acercaba al helicóptero, con la poca distancia que les llevaba, todos morirían. Él, su compañero y los pilotos. Le gustara o no era demasiado tarde. Iba a morir en aquellas montañas y lo único que le quedaba por decidir era cómo quería hacerlo: sentado en un cacharro de metal, huyendo y arrastrando con él a sus compañeros, o luchando como un verdadero soldado. Se detuvo entre unas rocas y trató de recobrar el aliento. Al verlo, Beotegui se volvió loco. Le gritó que

moviera el culo. Podía ver a los afganos acercándose. Si no salía de allí echando leches, acabarían con él. Entonces Eco 4 miró hacia el cielo y saludó. Todos en la sala de operaciones le vieron y comprendieron que no se movería de allí. Había tomado una decisión y ninguna orden le haría cambiar de idea.

El punto en el que se encontraba le permitiría retener a las fuerzas hostiles durante un buen rato. Varias rocas conformaban una trinchera natural difícil de sortear. Se apostó allí, sacó su pistola y esperó. El coronel cerró los ojos y maldijo a los británicos y a su apestosa inteligencia. Poco después recobró el control y ordenó al helicóptero abandonar la zona de rescate. Al menos tres de sus hombres volverían a ver a sus familias. Los señores de la guerra y el terrorista de Al-Qaeda habían sido eliminados, y el coste económico del operativo no fue demasiado alto. Más caro lo iba a pagar el necio de Adam Numlk. Jon intuía que sus superiores se sentirían orgullosos de él, que los americanos y los ingleses le felicitarían y que el prestigio del CNI subiría muchos enteros. Pero no estaba satisfecho. Escogió personalmente a aquellos muchachos y era el máximo responsable de la muerte de uno de ellos. Sin apartar la vista de las pantallas, observó a los afganos llegando hasta las rocas. Eco 4 salió de allí como una exhalación y disparó en todas direcciones. Después saltó sobre un tipo bastante grueso y le clavó un enorme cuchillo en la nuca. Llevaba la pistola en una mano y el arma blanca en la otra. Al final prefirió no aguardar más y atacar. Cuando cayó abatido por una ráfaga de kaláshnikov se había llevado por delante a ocho hombres, incluyendo al único lugarteniente de Jabbar Khan que quedaba con vida.

El capitán Medina esperó a pie de pista a que aterrizaran los dos helicópteros. Estaba orgulloso de sus hombres. Hicieron todo cuanto estuvo en sus manos por cumplir

una misión imposible y lograron lo que nadie más hubiese podido conseguir.

Tres días más tarde, Adam Numlk entró en su despacho después de repasar unos asuntos con los compañeros belgas. No estaba teniendo una buena semana. El éxito del CNI en Afganistán corrió como la pólvora en la sede central de la OTAN. «El malnacido Beotegui se ha salido con la suya», pensó. Adam se sentó en su sillón, abrió el cajón de la mesa y sacó las dos páginas en las que el MI6 advertía que probablemente Jabbar Khan había alcanzado un acuerdo con otros tres señores de la guerra y que el encuentro en el barranco no sería de mera cortesía. Estimaban que acudirían en torno a un centenar de hombres, y recomendaban ejecutar la operación desde el aire. Miró por la ventana y sonrió. Los españoles obtuvieron el mismo resultado con una simple escuadra de tiradores. Increíble pero cierto. Guardó las hojas de nuevo en el cajón y se recostó en el sillón. Iba a encenderse un cigarrillo cuando una voz conocida le habló desde el cuarto de aseo.

—¿Son las hojas que faltan en mi *dossier*? —preguntó Jon Beotegui como si tal cosa. Salió de la oscuridad y sonrió maliciosamente.

— Coronel! ¿Qué hace en mi despacho? —preguntó poniéndose en pie—. ¿Quién le ha dejado entrar?

—¿Acaso importa? La seguridad de este complejo es de risa. ¿De verdad creías que esa placa de la puerta iba a detenerme?

Su voz sonaba fría como el hielo. Su gesto apenas dejaba ver sus intenciones y su mirada era totalmente inexpresiva. Adam estaba paralizado ante tanta sobriedad y se sintió perdido.

—¡Voy a llamar a seguridad! —espetó finalmente.

— Ni se te ocurra! —exclamó Jon—. Si te acercas a ese teléfono acabo contigo!

—¿Me estás amenazando? —preguntó armándose de valor. El español le sacaba una cabeza y era capaz de aplastarle como a una mosca, pero Adam no podía permitirse el lujo de dejarse amedrentar.

Jon caminó hasta él y frunció el ceño. Los dos hombres, frente a frente, resultaban cómicos. El primero era alto y fuerte, el segundo era menudo y feo como un lirón. Parecía imposible que se dedicaran a lo mismo. El coronel del CNI miró a los ojos de su interlocutor y habló pausadamente. Aquella estúpida rivalidad se acababa allí mismo. No volverían a jugarse la vida de hombres valientes por sus estúpidos egos. Si sospechaba que Adam andaba detrás de cualquier operación que entorpeciese su trabajo, no se lo pensaría dos veces y le volaría la tapa de los sesos con su propia pistola. Estaba cansado de tanta estupidez. Un buen hombre había muerto en una jodida montaña de Afganistán porque dos servicios de inteligencia no supieron dejar de lado sus disputas. No tomaría represalias contra él oficialmente, afirmó Jon. Remover la mierda en público nunca sirvió de nada, pero estaría vigilándole. Adam asintió en silencio y agachó la cabeza. Se daba por satisfecho con no salir de allí en una silla de ruedas. Entonces el coronel se apartó un poco de la mesa y le propinó un terrible derechazo en la mandíbula que le hizo saltar varios dientes. Era lo mínimo que se merecía aquel cabrón, pensó. El inglés no respondió. Ni siquiera hizo ademán de levantarse del suelo. Se quedó allí, sangrando en abundancia, mientras intentaba recomponer su maltrecho orgullo.

Esa misma tarde, Jon Beotegui y la hermosa teniente noruega de la OTAN pasearon abrazados por La Grande Place como dos enamorados. Se dirigieron al mítico Le Roi d'Espagne, un restaurante situado en el número 1 de la misma plaza, y pidieron una mesa con vistas al Ayuntamiento. El edificio en el que se encontraban fue construido a finales

del siglo XVII para albergar al gremio de panaderos. Con el tiempo, se convirtió en una auténtica joya de la arquitectura flamenca. Era el lugar perfecto para encandilar a una mujer.

Adam Numlk tuvo que ser atendido de sus heridas en el centro médico de la propia instalación. Afirmó que se había tropezado con la moqueta de su despacho y que terminó golpeándose contra el canto de la mesa. El médico de guardia le llenó la boca de gasas y logró detener la hemorragia. Después le anestesió la zona y, cuando tuvo la situación bajo control, le retiró con mucho cuidado los dientes que se habían quedado sueltos debido al fuerte puñetazo. Tras realizarle una placa y recetarle un potente antiinflamatorio, dejó que se marchara a casa.

Adam vivía junto a su esposa en un coqueto piso de la rue de la Loi. Su matrimonio no pasaba por un buen momento, aunque hasta ese día habían logrado mantener las formas. Se trataban con suma indiferencia en privado y mantenían las apariencias en público. Llevaban casi un año sin hacer el amor, y no se profesaban la menor muestra de afecto desde hacía varios meses. Lo único que les unía era la rutina.

Cuando el espía británico abrió la puerta principal de su hogar y sintió el fuerte aroma del ambientador que su esposa usaba para combatir el hedor a tabaco, algo extraño sucedió en su cabeza. Algó falló en su psique, y todo el resentimiento que le guardaba a Jon Beotegui fue canalizándose de forma vertiginosa hacia su pobre esposa. Se dirigió a la cocina, la tomó por el brazo y la echó al suelo violentamente. La tenía a su merced. No dejaría que se levantara sin antes zanjar algunas cuestiones. La miró con desprecio y le soltó un fuerte puntapié en la cadera. La buena mujer gritó desesperadamente durante todo el tiempo que duró la paliza, pero ningún vecino se hizo eco de sus lamentos.